

Un hidrónimo cacereño de la raíz -ip: Ibor

por Eustaquio SANCHEZ SALOR

Universidad de Extremadura

TODA una zona de la provincia de Cáceres está prácticamente dominada por el topónimo *Ibor*. Aparte del hidrónimo, son varios los pueblos que se conocen con este mismo topónimo o que, por así decirlo, llevan este apellido: Castañar de Ibor, Mesas de Ibor, etc. Esta zona se encuentra en la parte oriental de la provincia, precisamente entre Guadalupe y Navalmoral de la Mata.

Nos proponemos analizar brevemente el origen de este topónimo cacereño, en la medida que ello sea posible y con las necesarias reservas en un estudio de este tipo, que nunca puede ser dogmático. Para ello seguiremos un doble camino: por una parte, comprobar la existencia de topónimos, en los cuales pueda identificarse la misma raíz, para con ello tratar de identificar, aunque sólo sea a nivel de probabilidad, el área de difusión de la misma y, con ello también, la cultura y el área lingüística a la que pertenece. Y, por otra, seguiremos también el camino que nos marcan los historiadores, arqueólogos sobre todo, que se han ocupado de estudiar el difícil problema de las migraciones de los pueblos en la antigüedad, y concretamente de los pueblos que formaron nuestra península.

1. En lo que se refiere al primer camino que vamos a seguir, es decir el de la existencia de otros topónimos, que puedan tener la misma raíz que el nuestro, hay que empezar, por supuesto, señalando cuál es la raíz de nuestro hidrónimo. Tal como se nos presenta actualmente, creemos que el término se deja analizar como *Ib-or*, con una raíz, *ib-*, cuyo segundo elemento, el consonántico, es labial

pudiéndose presentar en su doble variedad de sordo o sonoro: *ib-* / *ip-*; en cuanto al segundo elemento, el sufijo *-or*, no es la única vez que aparece como sufijo de un hidrónimo: por no ir más lejos, lo encontramos en otro río cacereño, el *Salor*, que ya hemos analizado en esta misma revista (1); sobre el carácter posiblemente celta y consiguientemente indoeuropeo de este sufijo ya hablamos en aquella ocasión.

A la hora de analizar posibles topónimos en los cuales aparezca esta raíz que hemos aislado, vamos a comenzar por España. Y dentro de España, comenzaremos señalando los hidrónimos. Vamos a prescindir del vasco; si aceptáramos, con Schuchart (2) y otros, que el nombre del río español más famoso que parece tener esta raíz, el *Ibêrus*, deriva del vasco *ibai* = «río», no haría falta que siguiésemos más adelante; bastaría con señalar desde ahora que somos partidarios del vasco-iberismo y nada más. Pero esta hipótesis ya no es hoy tan aceptada como lo ha sido en otras épocas. Sabido es que la hipótesis del vasco-iberismo dominaba desde el siglo XVI y que, de acuerdo con ella, la lengua vasca era la descendiente directa del ibérico; el vasco-iberismo fue, con alguna excepción (Vinson, Philipon) la doctrina vigente durante mucho tiempo. La doctrina se basaba sobre todo en ciertos datos toponímicos, entre los que se encontraba precisamente el nombre del río *Ibêrus*, que puede compararse, como hemos dicho, con el primitivo vasco *ibar*, que podría reconstruirse a su vez sobre *ibai*, «río», *ibar* «ría» (así Humboldt, Pokorny, Battisti). Sin embargo, señala Tovar (3), cuando nuestro vocabulario ibérico epigráfico, descartado el celtibérico, alcanza casi un millar de palabras, tenemos la prueba concluyente de que el ibérico no es el vasco. En esta serie de palabras problemáticas, de las que muchas son nombres propios, las coincidencias con el vasco son limitadas, si bien hayamos de afirmar que son evidentes y acreditativas de una especie de interpenetración en el caso de estas coincidencias, pero nada más. Nosotros pues, vamos a prescindir de aquellos ríos vascos, como el *Ibaizabal*, que puedan llevar la raíz en cuestión.

Lo que sí parece claro es que, dentro de la península, hay bastantes ríos, sobre todo en la zona de Levante y en la Bética, cuyo nombre antiguo parece presentar esta raíz. Nos atrevemos a señalar que es posible que el segundo elemento *-uba*, que aparece en bastantes ríos del sur, tenga que ver con esta raíz; no es extraño que así sea, cuando el elemento *-ip* de *Ipilca* aparece como *ob-* en *Obulca* (4). Entre estos ríos, que tienen como segundo elemento *-uba*, pode-

mos señalar los siguientes: *Ud-uba* (5), que desembocaba en el Mediterráneo entre Sagunto y el Ebro; *Sald-uba*, citado por Ptolomeo (6), y que parece ser el actual Guadalhorce; *Maen-uba* (7), hoy Guadimar. Puede comprobarse cómo todos estos ríos pertenecen a la parte sur de la península; en la mitad norte de la península no encontramos hidrónimos con este sufijo. Es curioso comprobar, por otra parte, lo siguiente: si se acepta, como es lo más probable, que el segundo elemento *-uba* no es indoeuropeo (no creemos que se pueda relacionar con la raíz indoeuropea *ap-*, que da en latín *amnis*), y que tiene que ver con una raíz *ip-*, cuyo significado, como después veremos, sería el de «río» o algo así, las formaciones que acabamos de ver en estos hidrónimos son el resultado de una acumulación de dos raíces, distintas, pero del mismo significado o de significado parecido: efectivamente, en *Ud-uba* se trataría de la raíz *ud-*, tan corriente en indoeuropeo para significar «agua», más esta otra que nosotros estamos analizando, cuyo significado sería el mismo o parecido, pero que no sería indoeuropea. En *Sald-uba* se trataría de la raíz *sal-*, que tendría también el significado de agua o algo parecido y frecuentemente atestiguada en la hidronimia europea, más nuestra raíz. En el caso de *Maen-uba* no nos atrevemos a identificar el primer elemento. Se trataría en definitiva, en estos casos de la supervivencia en un mismo topónimo de dos palabras, que responden a dos pueblos y consiguientemente a dos lenguas, que han pasado por dicho topónimo, o mejor, por el lugar al que se refiere al topónimo. Es este un fenómeno corriente en el caso de los topónimos: baste recordar que, cuando decimos «río Guadiana», estamos repitiendo, en lenguas distintas, el concepto «río», y que cuando decimos «Puente de Alcántara» estamos repitiendo dos palabras que significan lo mismo («puente»), pero que responden a lenguas distintas y a distintos pueblos que han pasado por el mismo lugar. En el caso de los hidrónimos que hemos señalado, si aceptamos que el primer elemento es indoeuropeo —lo cual parece claro—, el segundo, si es que significa lo mismo o un concepto semejante, respondería a otro pueblo y a otra cultura.

Pero dejemos ya a un lado los hidrónimos del sur de la península, cuyo segundo elemento es *-uba*. Hay otros, también en la España del Sur, cuyo segundo elemento es fácilmente relacionable con la raíz *ip-/ib*. Tal es el caso del *Kall-ipus* (8), que parece ser el actual Sado, según Schulten (9); el propio Schulten reconoce que, si bien el nombre suena a griego (*Καλλιπιδος*), no es probablemente sino una grecización de un nombre indígena que contenía la raíz céltica *Cal-*

y el sufijo *-ippo*; de nuevo aquí, como en los casos anteriores, se trataría de la fusión de una raíz indoeuropea, como es la céltica, con una no indoeuropea.

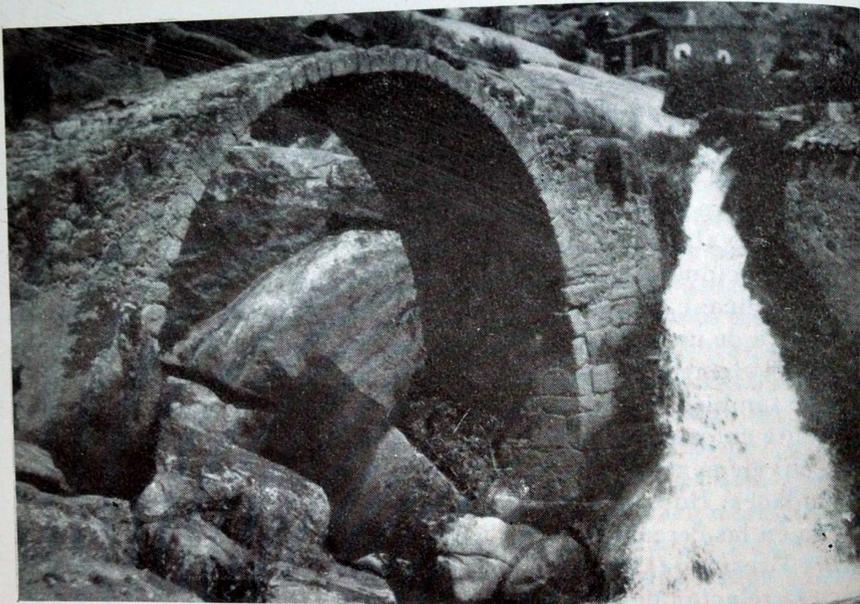
Este segundo elemento *-ipo*, que acabamos de ver, es también frecuente en nombres de ciudades, también de España y que están repartidas por una zona muy concreta: bien por el sur de la península, sobre todo en la cuenca del Guadalquivir, bien en la desembocadura o alrededor del curso medio del Tajo (10). Aparte de esta localización geográfica: hay que señalar otra característica, también geográfica: casi todas estas ciudades están ubicadas en la desembocadura de un río o al lado del curso del mismo. Y lo mismo sucede con el elemento *-uba*, que, aparte de los ríos que hemos visto, aparece también en ciudades, igualmente del Sur de España e igualmente colocadas en la desembocadura o en el curso de un río.

El elemento *-ip* es probablemente el que aparece en las siguientes ciudades: *Baes-ippo*, citada por Plinio (11), cuyas ruinas se identifican en las cercanías de Barbate (12); el mismo Plinio habla del *portus Vaesippo* (13), que, si bien hay que distinguir de la ciudad, indica la relación de la misma con el agua. *Ost-ippo*, cuya localización, según Roldán (14), hay que hacerla en Estepa. *Or-ippo*, que se hallaría frente a Coria del Río, en Sevilla (15) *Baesil-ippo*: de acuerdo con el lugar de hallazgo de una inscripción donde aparece el gentilicio *Basiliponensis*, se ubica en el cerro del Chincho, a 8 kms. al norte de Arahal (15); en definitiva, cerca de Sevilla; *Il-ipa*, que se corresponde a Alcalá del Río (16). Todas estas ciudades están, pues, al Sur de España; notemos que en algunos casos, incluso el topónimo actual alude al hecho de que el lugar está al lado de un río.

Pero también aparece este mismo sufijo en otras ciudades cercanas al Tajo. Así *Olis-ipo*, que es la actual Lisboa, y que se encontraba consiguientemente junto al estuario del Tajo; *B-ipone*, que Saavedra coloca una legua antes de llegar a Elvas; habría que citar también *Ebora* y *Epora*, por si el primer elemento de las mismas puede ser relacionado con la raíz *-ip*, que estamos analizando.

Este mismo elemento *ip-* se ha visto también en otros nombres de la Bética (17): *Ip-agrum*, que se ha ubicado en las cercanías de Aguilar de la Frontera (18); *Ip-onuba*, *Ip-orca*, *Ip-sca*, *Ip-tucci*.

Hasta aquí, pues, la extensión de este sufijo en la península, si es que todos los topónimos que hemos señalado lo tienen. Nosotros así lo creemos. Se encuentra principalmente en la Bética, con ramificaciones hacia la desembocadura y curso bajo del Tajo. Y ¿fuera de España? A este respecto lo primero que hay que señalar son al-



Puente antiguo sobre el río Ibor, cerca de su nacimiento

gunas correspondencias con el norte de Africa, donde aparecen topónimos, algunos de los cuales han sido ya relacionados por algunos estudiosos con los que acabamos de ver nosotros en la península. En primer lugar está el río *Cilbus* (19), situado entre Cádiz y Trafalgar, que actualmente, según Schulten (20) es el Salado. Este hidrónimo recuerda al ya visto *Kall-ibus*, de forma que puede ser el resultado de una síncope de una formación parecida a ésta. Lo que interesa, sobre todo, es que, según el mismo Schulten (21), el nombre procede de Lidia, donde había un río *Kilbos*, afluente del Kaisros, una montaña del mismo nombre y una tribu, la de los kilbianos, que ocupaban la llanura kilbiana; sin duda, sigue diciendo Schulten, los cilbicos hispanos han de proceder de los lidios y vinieron a España con los Tirsenos. Pero no es este el único caso de coincidencia con topónimos del norte de Africa: también en el norte de Africa había una ciudad, *Hippo*, y un lago, *lacus Hipponensis*, que el propio Schulten (22) ha relacionado también con España; en este caso se da además la coincidencia, tal como sucedía en España, de que la ciudad estaba junto a un lago. Nosotros hemos comprobado igualmente la existencia, en la mitad norte de Africa, de esta mis-

ma raíz, también en hidrónimos: así, en la actual Libia, hay un pozo con el nombre de *Ibacura*; y un afluente del Nilo lleva el nombre de *Ibba*.

La raíz, pues, en cuestión debe ser puesta en relación con el norte de Africa. Ello ya es importante y conviene tenerlo en cuenta a la hora de fijar la procedencia de la misma. Pero no sólo la encontramos en Africa, sino que aparece también en otros sitios, los cuales nos hacen recorrer un camino, a uno y otro lado del Mediterráneo, que nos lleva hasta Oriente. Lo encontramos efectivamente en Sicilia en *Ippari*, que es el nombre de un río; en Yugoslavia en el hidrónimo *Ibar*; muy interesante es el nombre de una antigua ciudad, *Hippus*, al este del lago Genesareht, y lo es por dos razones: en primer lugar porque coincide casi prácticamente con el nombre de otra ciudad, que hemos visto en el norte de Africa; y en segundo lugar, porque se halla ya en Oriente. Y en Rusia, concretamente en la zona de Ukrania, hay dos ríos, que parecen tener también esta misma raíz: uno *Ippa* y otro *Iput*. Lo encontramos por fin también en la India en el hidrónimo *Iba*.

Hasta aquí los hechos. Las conclusiones que se pueden sacar de los mismos son fundamentalmente dos: en primer lugar, que la raíz que estamos analizando tendría un significado que habría que relacionar con el concepto «río»; o mejor, con la desembocadura en estuario de un río o con el curso tranquilo de un río. Son muchos los ríos que parecen tener esta raíz en su nombre y muchos los nombres de ciudades que lo tienen también. Y se trata normalmente de ciudades que se encuentran en la desembocadura en estuario de un río o al lado de un río de curso tranquilo: tal es el caso de todas las ciudades que llevan este elemento y que se encontraban en la cuenca del Guadalquivir; tal es el caso también de Olisipo y de *Maivo Ba*, que se encontraban en las desembocaduras de ríos en estuario. En otros casos se trataba de ciudades al lado de un lago: tal es el caso de *Hippo* en el norte de Africa y de *Hippus*, junto al lago de Genesareht. Todo ello parece indicar que el significado sería el de «agua estancada» o algo parecido.

Se trata, pues, de una raíz fundamentalmente de hidrónimos. Por ello no es extraño que sea la raíz que aparece en el hidrónimo al que dedicamos el título de este trabajo: el *Ibor*.

Una segunda conclusión que se puede sacar de los hechos anteriores es que la raíz *ip-* o bien no es indoeuropea, o bien, si lo es, debe pertenecer a una época en que el indoeuropeo aún no se había fraccionado; con esto último queremos decir que, si ha entrado en

la península en alguna invasión indoeuropea, no ha sido en la invasión celta, sino en época anterior, cuando aún el indoeuropeo era indiferenciado: ello lo apoyaría el hecho de que aparezca en Iliria, India y Ukrania.

De todas formas creemos que no es indoeuropea. El hecho de que aparezca en el norte de Africa y la posibilidad de explicar su aparición a uno y otro lado del Mediterráneo de la misma forma que se puede explicar su presencia en el norte de Africa, permite pensar que esta raíz se podría poner en relación con una invasión de la península por parte de un pueblo oriental. En definitiva, se puede poner en relación con lo que se conoce en la península como período orientalizante en la prehistoria. Para ello, hay que recurrir a las conquistas de los arqueólogos.

2. Dos cosas nos interesan a este respecto. En primer lugar, la existencia de un período orientalizante, y en segundo, su extensión en la propia península.

En lo que se refiere a lo primero, basta con citar las siguientes palabras de Blázquez: «El análisis del material hoy asignado a Tartessos ha llevado a Blanco, García y Bellido y Maluquer a señalar la existencia de un período orientalizante paralelo al de Etruria, Grecia y Cartago. Tartessos es este período orientalizante. En realidad el fenómeno que se produce en todo el Mediterráneo entre los siglos VIII-VI es una gran *koiné* circunmediterránea, una de cuyas provincias sería Tartessos, que ofrece algunas características que le diferencian de las otras regiones» (23). Esa gran *koiné* circunmediterránea, de que habla Blázquez, explica perfectamente la distribución que hemos visto de la raíz *ip-* en hidrónimos y en nombres de ciudades que, en su mayoría, se reparten precisamente en esa zona circunmediterránea. Estas conclusiones, pues, de los arqueólogos parecen venir a demostrar que la raíz en cuestión no es indoeuropea, sino que ha de ser puesta en conexión con ese dominio de Oriente que dominó las orillas del Mediterráneo durante un determinado momento del primer milenio antes de Cristo.

En lo que se refiere a la extensión de esta cultura orientalizante dentro de la península, hay que empezar diciendo que la extensión que se reconoce a la misma coincide precisamente con aquellos lugares en que hemos encontrado topónimos con la raíz *-ip*. Ello está claro ya en la distribución de la cerámica tartésica; la extensión de los jarros tartésicos viene a demostrar que el área de extensión de esta cultura comprendía desde el Sur hasta Extremadura; a este res-

pecto señala García y Bellido lo siguiente: «... se dibuja para estos jarros un área de expansión que partiendo de las costas sitas al oeste del Estrecho, penetra hacia el norte, ganando sucesivamente, primero las ricas llanuras del bajo Guadalquivir, luego las vegas medianas del Guadiana, después las del Tajo y finalmente la cuenca del Duero... Adviértase que estos hallazgos van jalando una vía comercial que debía llevar desde las costas atlánticas, las de *Tartessos Gadir*, hasta el interior de la meseta, vía que luego, en época imperial romana, se nos revela como la calzada conocida después en uno de sus tramos como «Vía de la Plata» ... Otra vía comercial tan antigua como esta era la que en cuatro o cinco días llevaba —según Avieno— de Tartessos al estuario del Tajo. De ello conocemos en época imperial varios tramos, unos conservados y otros registrados en itinerarios. Su importancia en época romana fue, a mi juicio, mucho menor que en la era tartésica ...» (24). Notemos que estas rutas, sobre todo la última, están marcadas por topónimos con la raíz *-ip*: casi todas las ciudades que señalábamos más arriba se encontraban en la cuenca baja del Guadalquivir y en la desembocadura o curso bajo del Tajo, coincidiendo precisamente con esa última vía a la que tanta importancia da García y Bellido en época tartésica. Pero no solo la cerámica, sino también la epigrafía aboga por esta cultura orientalizante: «La epigrafía yo creo que confirma que el Tartessos histórico depende muy directamente de importaciones frescas del Este» (25). Y dentro de la epigrafía, incluso la simbología de las estelas funerarias aboga por la extensión de esta cultura oriental hasta, por lo menos, Extremadura: a este respecto. Callejo Serrano ha señalado cómo en la epigrafía de Extremadura abundan los signos relacionados con creencias orientales; estos signos son frecuentes en Extremadura frente a la escasez de figuraciones abstractas que vienen del norte con las penetraciones indoeuropeas (26).

La toponimia y concretamente el sufijo que hemos analizado vienen a coincidir con las conclusiones de los arqueólogos en el sentido de que la cultura orientalizante parte del suroeste de la península y tiene irradiaciones hacia Extremadura, concretamente hacia el curso medio y bajo del Tajo.

Terminamos ya con el topónimo con que empezamos: el *Ibor*. Su relación con la raíz indicada parece lógica. Y su ubicación coincide precisamente con una zona donde han encontrado restos arqueológicos que se pueden relacionar con esa cultura orientalizante: efectivamente, el *Ibor* forma un valle a la izquierda del Tajo que tiene como paralelo, por la parte derecha, al valle del Tiétar, aunque

éste sea mucho más importante que el primero. Y precisamente en este valle del Tiétar, concretamente en Aldeanueva de la Vera, se ha encontrado un jarro con elementos que pertenecen a la cultura tartésica (27). He aquí, pues, cómo este topónimo puede ser puesto en relación con esa koiné circunmediterránea orientalizante. Sería un elemento más a favor de su extensión por Extremadura.

NOTAS

- (1) SANCHEZ SALOR, E., «Sobre el hidrónimo cacereño Salor», *Alcántara*, 1977, p. 11 ss.
- (2) *Iber. Dekl.*, 38.
- (3) TOVAR, A., «Lenguas prerromanas de la península ibérica. Lenguas no indoeuropeas. Testimonios antiguos», en *Enciclopedia lingüística hispánica*, I, Madrid, 1960, p. 17.
- (4) cf. TOVAR, A., «Las monedas de Obulco y los celtas en Andalucía», *Zephyrus*, 3, 1952, pp. 219-221.
- (5) PLIN., III, 20.
- (6) PTOL., II, 4.7.
- (7) PLIN., III, 11.
- (8) PTOL., II, 5,2.
- (9) SCHULTEN, A., *Geografía y etnografía antiguas de la península ibérica*, II, trad. española, Madrid, 1963, pp. 68-69.
- (10) cf. TOVAR, A., «Las monedas de Obulco...»
- (11) PLIN., III, 15.
- (12) ROLDAN, J. M., *Itineraria Hispana*, Madrid, 1975, p. 223.
- (13) PLIN., III, 7.
- (14) *Itineraria...*, p. 255.
- (15) cf. TOVAR, A., *Baetica*, p. 155; ROLDAN, J. M., *Itineraria...*, p. 222.
- (16) ROLDAN, J. M., *Itineraria...*, p. 241.
- (17) TOVAR, A., «Las monedas de Obulco...»
- (18) ROLDAN, J. M., *Itineraria...*, p. 243.
- (19) AVIENO, 320.
- (20) *Geografía...*, II, p. 46.
- (21) *Ibid.*
- (22) SCHULTEN, A., *Numantia*, I, 37.
- (23) BLAZQUEZ, J. M., *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, 1975, p. 211.
- (24) GARCIA Y BELLIDO, D. A., «Tartessos y la koiné mediterránea del período orientalizante», *Actas del II Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, 1964, p. 592.
- (25) TOVAR, A., «Tartessos en la historia y en la epigrafía», *Actas del II Congreso Español de Estudios Clásicos*, p. 598.
- (26) CALLEJO SERRANO, C., «Simbología funeraria romana en la Alta Extremadura», *Separata de la Revista de la Universidad Complutense (Homenaje a García Bellido, III) XXVI*, núm. 109, 1977, pp. 145-161.
- (27) cf. BLAZQUEZ, J. M., *Tartessos...*, p. 81 ss.

ENCUADRE

Para Sebastián Reyes, en la memoria de su padre, D. Antonio Reyes Huertas.

Aquella cocina grande
casi al entrar apenas
traspasando su vano.
Aquel patio recreo
de hiedra descolgado
jugando con los plomos
de la palabra, alados.
El escritor, en su despacho
sentado cabe al balcón
escribiendo su campo.
Los pájaros en la plazuela
revoloteando, arde
de mi Cáceres dorado.
La compañera con las niñas
cosiendo cualquier trapo
en el salón. Años.
Marina, la pequeña,
azuleando en los ojos
Y tú y yo jugando
a los soldados de plomo,
menos, menos alados.
Sebastián, ¿dónde estamos?
Sebastián Reyes y Reyes,
Miguel Serrano.
¿Dónde estamos, Sebastián?
Sebastián, dónde vamos?

Miguel SERRANO